

tor entre San Pedro y San Pablo, y encima se vé pintada la gloria con los veinte y siete santos.

Las cuatro estatuas que hay en fila sobre el montante ó arquitrabe sostenido por columnas, representa la Prudencia, la Esperanza, la Pureza y la Penitencia.

Saliendo del presbiterio por el lado opuesto, en la tercera tribuna, se encuentran el cuarto medallon, debajo del cual se lee que una mujer japonesa, moribunda, queda curada inmediatamente en virtud de un fragmento de la Cruz de San Pedro Bautista, y el mártir mismo la bautiza desde la cruz.

Siguiendo por el otro lado de la nave lateral se encuentra el noveno cuadro, en el cual se lee que San Francisco de Pariglia, próxima á la muerte una mujer india, al punto la cura con la señal de la cruz, y por medio del santo bautismo la convierte á Jesucristo.

Sobre el altar hay el quinto medallon, en el cual está pintada una mujer que cura de un cáncer que tiene en la boca, en virtud de una devota novena en que se recomienda á San Miguel de los Santos.

En el décimo medallon, segun dice el epígrafe, hay San Pablo Michi, jesuita, que en la cárcel de Ozaca instruye en la fé de Jesucristo á los infieles y les borra las manchas del pecado con el agua del santo bautismo.

En la cuarta tribuna está colgado el último medallon, en cuyo epígrafe se dice que la hija de Cosimo Yoya, japonés, consumida por un mal mortal, cura por la saludable intercesion del franciscano San Pedro Bautista, miéntras lenguas de fuego descenden del cielo y se posan sobre las cabezas de los concurrentes.

El undécimo medallon presenta al trinitario San Miguel de los Santos, que en la portería del convento, cura de continuo á muchos enfermos que le están esperando á la puerta, y los cura con oraciones é imponiéndoles las manos.

El duodécimo medallon presenta al franciscano padre Pedro Bautista, que haciendo la señal de la cruz sobre las estremecidas olas del mar, lo pone tranquilo derepente.

El epígrafe del décimo-tercero medallon, dice que Isabel Rodriguez, al contacto de una reliquia de San Miguel de los Santos, cura instantáneamente de un escirro que se le habia formado en el pecho.

En el decimo-cuarto medallon se lee que el jesuita San Pablo Michi, colocado por vituperio encima de un carro, predica la religion cristiana á la multitud reunida en la plaza de Meaco.

Estas pinturas, obras de pintores romanos que gozan en la actualidad de mas fama en general, no pasan de ser obras de arte medianas.

ALOCUCION

DE

SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX.

PRONUNCIADA

En el Consistorio celebrado en Roma, el 9 del presente
mes de Junio de 1862.

Venerables hermanos:

Profunda alegría fué la que experimentamos cuando ayer pudimos, con el auxilio de Dios, conferir los honores y el culto de los santos á veinte y siete intrépidos héroes de nuestra divina religion, y eso teniendoo á nuestro lado, á

vosotros que, dotados de tan alta piedad y de tantas virtudes, llamados á compartir nuestra solicitud en medio de tiempos tan dolorosos y combatiendo valerosamente en favor de la casa de Israel, sois para nos un consuelo y apoyo soberanos. ¡Pluguiera á Dios que interin nos hayamos inundados de esta alegría, ninguna cosa de tristeza y luto viniera á contristarnos por otra parte! En efecto, no podemos ménos de estar abrumados de dolor y angustia cuando vemos los daños y males tan tristes y para siempre deplorables con que la Iglesia católica y la sociedad civil misma se hallan miserablemente atormentadas y oprimidas con gran detrimento de las almas. Ya conocéis en efecto, venerables hermanos, la guerra implacable declarada al catolicismo entero por esos mismos hombres, enemigos de la cruz de Jesucristo, impacientes de la sana doctrina, que unidos entre sí en culpable alianza, todo lo ignoran, de todo blasfeman é intentan conmovier los fundamentos de la sociedad humana, mucho mas aun, destruirla por completo si posible fuera; pervertir las inteligencias y los corazones, llenarlos de los mas perniciosos errores y arrancarlos del seno de la religion católica. Esos pérfidos artesanos de fraudes, esos forjadores de mentiras, no cesan de hacer surgir de las tinieblas los monstruosos errores de los tiempos antiguos, tantas veces refutados ya victoriosamente por los mas prudentes y sabios escritores y condenados por los fallos mas severos de la Iglesia; de exagerarlos revistiéndolos de palabras nuevas y falaces y de propagarlos por do quiera y de todos modos. Con arte detestable y verdaderamente satánico, mancillan y pervierten toda ciencia, derraman para perdicion de las almas un veneno mortal, favorecen una licencia desenfrenada y las mas aviesas pasiones; suvieren el órden religioso y social; se esfuerzan por destruir toda idea de justicia, de verdad, de derecho, de honor y de religion; y hacen befa, insultan y menosprecian la doctrina y los santos preceptos del Cristo. La mente retro-

cede horrorizada y se niega á tocar aun someramente los principales de esos errores pestilentes, con los cuales esos hombres trastornan en nuestros dias aciagos todas las cosas divinas y humanas.

Ninguno de vosotros, venerables hermanos, ignora que esos hombres destruyen completamente la cohesion necesaria que, por voluntad de Dios, une el órden natural y el sobrenatural, y que al mismo tiempo cambian, confunden y abolen el carácter genuino, verdadero y legitimo de la Revelacion divina, la autoridad, la constitucion y el poder de la Iglesia; y así llevan á tal grado esa temeraria opinion que no temen negar audazmente toda verdad, toda ley, todo poder, todo derecho de origen divino; no se avergüenzan de afirmar que la ciencia de la filosofia y de la moral, lo mismo que las leyes civiles, pueden y deben no depender de la revelacion y recusar la autoridad de la Iglesia que la Iglesia no es una sociedad verdadera y perfecta, plenamente libre, y que no puede apoyarse en los derechos propios y permanentes que le ha conferido su divino fundador; sino que corresponde al poder civil definir cuáles son los derechos de la Iglesia; y dentro de qué limites los puede ejercer. De donde sacan la falsa consecuencia de que el poder civil puede inmiscuirse en las cosas que atañen á la religion, á las costumbres y al régimen espititual y hasta impedir que los prelados y los pueblos fieles comuniquen libre y mutuamente con el Pontífice romano, divinamente establecido pastor supremo de toda la Iglesia; y eso á fin de disolver esa union necesaria y estrechísima que, por divina institucion de Nuestro Señor mismo, debe existir entre los miembros místicos del cuerpo del Cristo y su Gefe venerable. Tampoco temen proclamar con astucia y falsedad ante la multitud, que los ministros de la Iglesia y el Pontífice romano deben ser escludidos de todo derecho y de todo poder temporal.

En su extremada impudencia, no vacilan en afirmar ademas, que no solamente no sirve de nada la revelacion divina, sino que daña á la perfeccion del hombre, que ella misma es imperfecta y está por consiguiente sujeta á un progreso *continuo é indefinido* que debe corresponder con el progreso de la razon humana. Tambien tienen la osadía de pretender que las profecías y los milagros expuestos y relatados en los libros sagrados son fábulas de poetas, que los santos libros de nuestra fé son el resultado de investigaciones filosóficas, que los libros divinos del Antiguo y del Nuevo Testamento, no contienen mas que mitos y que, horroriza decirlo, Nuestro Señor Jesucristo es una ficcion mítica. En consecuencia, esos turbulentos adeptos de dogmas perversos, sostienen que las leyes morales no tienen necesidad de sancion divina, que no hace falta que las leyes humanas estén en conformidad con el derecho natural y reciban de Dios la fuerza obligatoria, y afirman que la ley divina no existe. Niegan ademas, toda accion de Dios en el mundo y en los hombres y sostienen temerariamente que la razon humana, sin ningun acatamiento á Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; que ella es la ley de sí misma y que basta con sus esfuerzos naturales para proporcionar el bien de los hombres y de los pueblos. Mientras que maliciosamente hacen derivar todas las verdades de religion de la fuerza nativa de la razon humana, otorgan á cada hombre una especie de derecho primordial por el cual puede pensar libremente y tributar á Dios el honor y el culto que conceptúe mejor segun su antojo.

Consiguientemente, llegan á tal grado de impiedad é impudencia que atacan al cielo y se esfuerzan por eliminar al mismo Dios. En efecto, con una maldad que solo compete con su estolidez, no temen afirmar que la divinidad suprema, llena de sabiduria y providencia, no es distinta de la universalidad de las cosas; que Dios es la misma cosa que la

Naturaleza, que está sujeto como ella á cambios, que Dios se confunde con el hombre y el mundo, que todo es Dios, que Dios es una misma sustancia, una misma cosa que el mundo y no hay por lo tanto diferencia entre el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Seguramente que nada puede idearse de mas insensato, mas impío y mas repugnante á la misma razon. Se mofan de la autoridad tan temerariamente que tienen la impudencia de decir que la autoridad nada es, como no sea la del número y de la fuerza material, que el derecho consiste en el hecho, que los deberes de los hombres son una palabra vana y que todos los hechos humanos tienen fuerza de derecho.

Añadiendo en seguida las mentiras á las mentiras, los delirios á los delirios, hollando toda autoridad legítima, todo derecho legítimo, toda obligacion, todo deber, no titubean en sustituir en lugar del derecho verdadero y legítimo el falso y mentido de la fuerza y en subordinar el orden moral al material. No reconocen otra fuerza que la que reside en la materia; hacen consistir toda la moral y el honor en acumular la riqueza por cualquiera medio que sea y en saciar todas las pasiones depravadas. Con estos principios abominables favorecen la rebelion de la carne contra el espíritu, la sostienen y la exaltan, concediéndola esos derechos y dones naturales que pretendensson desconocidos por la doctrina católica, y menospreciando así la advertencia del apóstol, que esclama: "Si viviereis segun la carne, morireis; mas si con el espíritu haceis morir las obras de la carne, vivireis." (Ad Rom. cap. viii. v. 13.) Se esfuerzan por invadir y anonadar los derechos de toda propiedad legítima, y se imaginan, por la perversidad de su espíritu, una especie de derecho *emancipado de toda traba* de que, segun ellos goza el Estado y en el cual pretenden temerariamente ver el origen y fundamento de todos los derechos.

Pero mientras enumeramos rápida y dolorosamente estos errores principales de nuestro infortunado siglo, olvidamos, venerables hermanos, recordar tantas otras falsedades, casi innumerables, que vosotros conoceis perfectamente, y con ayuda de las cuales procuran los enemigos de Dios y de los hombres alterar y conmover la sociedad sagrada y la sociedad civil. Omitimos las injurias, calumnias y ultrajes tan graves y multiplicados con que no cesan de perseguir á los ministros de la Iglesia y á esta Sede apostólica. No hablamos de esa odiosa hipocresía con que los gefes y satélites de esa rebelion y de ese desórden, sobre todo en Italia, afectan decir que quieren que la Iglesia gose de su libertad, mientras que, con sacrilega audacia hollan diariamente cada vez mas los derechos y leyes de esta Iglesia, la despojan de sus bienes, persiguen á prelados y eclesiásticos noblemente consagrados á su ministerio, los aprisionan, arrojan violentamente de sus asilos á los discípulos de las órdenes religiosas y á las vírgenes consagradas á Dios, y no retroceden ante ninguna empresa por reducir á vergonzosa servidumbre y oprimir á la Iglesia.

Mientras que vuestra presencia tan deseada nos causa un júbilo singular, vosotros mismos sois testigos de la libertad que tienen hoy en Italia nuestros venerables hermanos en el episcopado, los cuales, luchando con valor y perseverancia en los combates del Señor, se han hallado con profundo dolor nuestro en la imposibilidad de venir hácia Nos y encontrarse con vosotros y asistir á esta asamblea, cosa que anhelaban tan ardientemente, segun nos lo han hecho saber los arzobispos y obispos de la desventurada Italia por sus cartas, todas ellas hácia Nos y esta Santa Sede de amor y de adhesion. Tampoco veis aquí ninguno de los prelados de Portugal, y estamos vivamente afligidos al considerar la naturaleza de los obstáculos que se han opuesto á que tomaran el camino de Roma. Omitimos igualmente recordar los

tristes horrores que los secuaces de esas doctrinas perversas realizan, contristando cruelmente nuestro corazon, el vuestro y el de todos los hombres de bien. Nada decimos de esa conspiracion impía, de esas maquinaciones culpables y falaces con las cuales quieren trastornar y destruir la soberanía temporal de esta Santa Sede. Nos agrada mas recordar esa admirable unanimidad con que vosotros mismos, unidos á todos los venerables prelados del orbe católico, no habeis cesado, ya en vuestras cartas dirigidas á Nos, ya en vuestro escritos pastorales dirigidos á los fieles, de descubrir y refutar esas perfidias, enseñando al mismo tiempo que esta Soberanía temporal de la Santa Sede ha sido dada al Pontífice Romano, por designio particular de la divina Providencia, y es necesario, á fin de que el Pontífice Romano sin ser súbdito de ningun príncipe ó de ningun poder civil, ejerza en toda la Iglesia, con la plenitud de su libertad, el supremo poder y autoridad de que ha sido investido divinamente por el mismo N. S. Jesucristo, para que guié y gobierne el rebaño entero del Señor y pueda atender al mayor bien de la Iglesia, á las necesidades y ventajas de los fieles.

Los asuntos lamentables de que os hemos hablado hasta ahora, venerables hermanos, serman sin duda un espectáculo doloroso. ¿Quién no ve en efecto que tantas máximas impías, tantas maquinaciones y locuras depravadas corrompen cada dia mas miserablemente al pueblo cristiano, le impelen á la ruina, atacan á la Iglesia católica, su doctrina saludable, sus derechos y sus leyes venerandas y á sus sagrados ministros, propagan los vicios y los crímenes y subvierten la misma sociedad civil?

Por lo tanto, recordando nuestro ministerio apstólico y lleno de solicitud por la salvacion espiritual de todos los pueblos que nos han sido confiados por Dios; como por otra parte, segun las palabras de nuestro santísimo predecesor Leon, no podemos gobernar de otro modo á los que nos están con-

fiados sino persiguiendo, con el celo de la fé del Señor, á los que pervierten y son pervertidos, y arrancando con toda la severidad posible ese veneno de las almas sanas á fin de que no cunda causando mayores estragos (Epist. vii, ad Episcop. per Ital, cii.); alzando nuestra voz apostólica en vuestra ilustre asamblea, reprobamos, proscribimos y condenamos los errores ya citados, no solamente como contrarios á la fé y doctrina católicas, á las leyes divinas y eclesiásticas, sino también á la ley y á la justicia natural y eterna, á la recta razon.

A vosotros, venerables hermanos, que sois la sal de la tierra, los guardianes y pastores del rebaño del Señor, os exhortamos y conjuramos cada vez mas á que con vuestra admirable piedad y vuestro celo episcopal, continúeis como lo habeis hecho hasta aquí, con grande honor de vuestro orden, alejando muy cuidadosa y vigilantemente de esos pastos emponzoñados á los fieles que os están confiados, combatiendo y refutando la monstruosa perversidad de esas opiniones, ora con la palabra, ora con escritos oportunos.

Vosotros sabeis en efecto que se trata de intereses supremos, pues se halla en tela de juicio la causa de nuestra santísima fé, de la Iglesia católica, de su doctrina, de la salvacion de los pueblos, de la paz y tranquilidad de la sociedad humana. No ceséis pues, en cuanto os sea posible, de apartar á los fieles del contagio de una plaga tan terrible, es decir, que alejéis de su vista y de sus manos los libros y diarios perniciosos, que instruyais á los fieles en los santos preceptos de nuestra augusta religion, les exhortéis y les aviséis que huyan de esos doctores de iniquidad como se huye de la presencia de una serpiente. Que todos vuestros cuidados y solicitud particular se dirijan á que el clero sea santa y sabiamente instruido y á que brillen en él todas las virtudes; á que la juventud de ambos sexos sea formada en conformidad con las reglas de la honestidad, de la piedad y de todas las

virtudes, y á que el orden de los estudios sea saludable. Ved con sumo cuidado porque ni en las bellas letras ni en los altos estudios se insinué nada que sea contrario á la fé, á la religion y á las buenas costumbres. Obrad con varonil energia, venerables hermanos, y en esta grande perturbacion de los tiempos no dejéis abatir vuestro valor, sino que apoyados en el auxilio divino, tomando el escudo inexpugnable de la justicia y de la fé, armados con la espada espiritual, que es la palabra de Dios, no ceséis de oponeros á los esfuerzos de todos los enemigos de la Iglesia católica y de esta Sede apostólica, de rechazar sus dardos y repeler sus embestidas.

Entre tanto, levantando los ojos al cielo dia y noche, no cesemos, venerables hermanos, de implorar en la humildad de nuestro corazon y con nuestras mas fervientes plegarias al Padre de las misericordias y al Dios de toda consolacion, que hace brillar la luz en las tinieblas, y de las mismas piedras puede suscitar hijos de Abraham, á fin de que por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, su Hijo único, se digne tender una mano protectora á la sociedad cristiana y civil, disipar todos los errores é impiedades, iluminar con las claridades de su gracia los entendimientos de los que se extravían, convertirlos y atraerlos á sí, asegurar á su santa Iglesia la paz apetecida, para que adquiera en toda la haz de la tierra mayores desarrollos y florezca, y prospere en ella.

Y á fin de que podamos obtener mas fácilmente lo que pedimos, tomemos por intercesora cerca de Dios á la Santísima é Inmaculada Madre de Dios, á la Virgen María que, llena de misericordia y amor hácia todos los hombres, ha aniquilado siempre todas las heregias y cuyo patrocinio nunca ha sido mas oportuno cerca de Dios. Solicitemos también los sufragios tanto de San José, el esposo de la Santísima Virgen, como de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de todos los habitantes del cielo y sobre todo de aquellos cuyos nombres

acaban de ser inscritos en los fastos de la Santidad para ser objeto de nuestro culto y veneracion.

Antes de terminar, no podemos resistir al deseo de confirmar de nuevo el testimonio del supremo consuelo y alegría de que estamos penetrados al disfrutar de vuestro admirable concurso, de vosotros, venerables hermanos, que adheridos á Nos y á esta cátedra de Pedro por los vínculos de la fidelidad, de la piedad y de la reverencia y desempeñando vuestro ministerio con admirable celo, os gloriais en procurar la mayor honra de Dios y la salvacion de las almas; de vosotros que, en la mas íntima concordia de vuestras almas, no cesais, del mismo modo que vuestros venerables hermanos los obispos de todo el orbe católico y los fieles confiados á su cuidado, de proporcionarnos todo género de alivios y dulzuras en nuestras graves angustias y crueles amarguras.

Es porque en esta ocasion hacemos profesion pública en el lenguaje mas cariñoso, de la gratitud y afecto que os tenemos á vosotros, á esos venerables hermanos y á todos esos fieles. Y os pedimos que cuando regreseis á vuestras diócesis tengais á bien expresar estos sentimientos á los fieles confiados á vuestra guarda, asegurándoles de nuestro cariño paternal al conferirles la bendicion apostólica que, de lo mas profundo de nuestro corazon y formando los mejores votos de toda verdadera felicidad, tenemos la dicha de concederos á vosotros, venerables hermanos, y á esos mismos fieles.

Terminada la Alocucion, Su Eminencia el Em. y Rev. cardenal Mattei, decano del Sacro Colegio, acompañado de varios miembros del Episcopado, se acercó al trono de Su Santidad y leyó y entregó al Santo Padre la siguiente:

MANIFESTACION

EN NOMBRE DE TODO EL EPISCOPADO

PRESENTE EN ROMA.

Santisimo Padre:

Desde que los apóstoles de Jesucristo, en el dia sagrado de Pentecostes, estrechamente unidos á Pedro, jefe de la Iglesia, recibieron el Espiritu Santo, y que, arrastrados por su divino impulso, anunciaron á los hombres de casi todas las naciones reunidos en la ciudad santa, y á cada uno en su lengua, las maravillas del poder de Dios, creemos que jamas hasta este dia y á la vuelta de la misma solemnidad, no se han hallado reunidos tantos de sus herederos en torno del venerable sucesor de Pedro para oír su palabra, para escuchar sus decretos y para fortificar su autoridad. Ahora bien, así como nada mas grato podia suceder á los Apóstoles al traves de los peligros de la Iglesia naciente que rodear al primer Vicario de Jesucristo en esta tierra, recientemente inspirado del espíritu de Dios, así tambien para nosotros, en medio de las presentes angustias de la santa Iglesia, nada es mas caro, nada mas sagrado que depositar á los piés de vuestra Santidad toda la veneracion y amor que contienen nuestros corazones por Vuestra Santidad, y declarar unánimemente al mismo tiempo de qué admiracion estamos penetrados por las altas virtudes con que brilla nuestro Sumo Pontífice y cuanto nos adherimos de lo mas recóndito de nuestras entrañas á lo que, nuevo Pedro, ha enseñado y á lo que tan valerosamente ha resuelto y decidido.

Un nuevo ardor inflama nuestros corazones; una luz de